

# CARTAS CASERAS

## VII

### LENINGRADO

**El Hotel "Astoria" y la Catedral de San Isaac. - Museo antirreligioso. - Una señal de hambre. La fortaleza de Pedro y Pablo. - Enterramiento de zares y prisiones de políticos.**

La obsesión de la revolución rusa nos persigue desde que pasamos por Kronstadt a donde huyó el zar Nicolás en el principio de su horrible odisea terminada trágicamente en Yekaterimburgo. Ahora, después de haber recorrido, piso por piso todos los del hotel y penetrado en todos los lugares asequibles, desde la peluquería hasta las bodegas, mientras aguardamos nuestro guía, vivo intensamente el capítulo primero del libro de Sergio de Mazkov. La resistencia de la Duma a disolverse a pesar del decreto imperial; la exaltación de las turbas que después de quemar la Comisaría de Policía intentan in-



Leningrado.—Plaza de Vorovsky con la catedral de San Isaac y el Hotel "Astoria"

vadir el Hotel. de cuyos huéspedes, se apodera el pánico entre gritos, carreras, atropellos, desorden que desde las ocho de la noche, va creciendo hasta las doce en que la dirección del hotel dispone el apagamiento de casi todas las luces. La reunión precipitada de los oficiales del ejército, que allí había, para tomar las medidas encaminadas a la defensa del "Astoria". La cobarde huida del general Wolodschenko, que dejó boquiabiertos no sólo a los militares rusos sino a los ingleses, franceses, belgas y japoneses que allí había. La avalancha de la muchedumbre enardecida y borracha por la avenida Wosnessenski. La irrupción de marineros y soldados en el palacio "María" en busca del ministro Protopopow y luego, en este mismo hotel, para desarmar a los oficiales y llevarlos al edificio de la Duma. El saqueo y la destrucción de todo: muebles, mostradores, vitrinas, ventanales, cabinas, arañas de cristal, cubiertos, manjares, botellas. El anuncio de bombardeo. La abdicación del Zar. Todo eso ocurrido en menos de veinte horas se nos representaba en los pocos minutos que tardó en llegar nuestro guía.

Es una mujer alta, distinguida, esposa de un colega según nos dice, sumamente dinámica, elegante, que habla indistintamente francés y español. Con ella cruzamos los amplios andenes del jardín de la plaza donde la estatua ecuestre del Emperador ha sido sustituida por la estrella de cinco puntas, la hoz y el martillo, recortadas en yerbas vulgares.

Subimos la soberbia gradería de la ingente catedral, donde multitud de hombres, mujeres y niños en tropel de pordioseros nos suplican una moneda.

San Isaac es uno de los templos más modernos de Rusia y aunque sin ningún carácter local, resulta mag-

nífico por sus dimensiones, su regularidad en las cuatro fachadas y su cúpula soberbia. La cruz griega de su planta mide 105 metros en el árbol y 9 de brazo. La cúpula muy parecida a la de San Pedro de Roma, se eleva a 82 metros y está cubierta de cobre dorado. Sus fachadas, de estilo neoclásico, son cuatro pórticos del Partenón, cuyas columnas de granito rojo contrastan con el mármol blanco que es el otro material de que está construido el imponente edificio. En el interior, junto a una estatua de Lenin parorando, está el busto del arquitecto francés que la construyó, en la primera mitad del siglo pasado, Ricardo de Monferrand.

Los mosaicos, los cuadros, las verjas, las puertas, constituyen un conjunto de arte y de riqueza inigualado que bien merece la descripción patética que en Ana Karemina hace Tolstoi al deslumbrarnos con aquella inimitable ceremonia del tiempo de los Zares. En cambio el contraste de lo actual no puede ser más repugnante:

En el centro de la hermosa pavimentación se alza a veinte centímetros de altura y rodeada por una barandilla de madera, un mapa pintado en tarima, sobre el mapa, oscila la punta de un péndulo que cuelga de lo más alto de la cúpula y con el cual se pretende demostrar el movimiento del globo terráqueo. El tal péndulo amaestrado, más parece un *tente tieso* modernista que siempre se fija en Moscou. En torno a este juguete hay un verdadero tenderete de tinglados, aparadores, estanterías y caballetes que constituye el museo antirreligioso donde se exponen multitud de dibujos y carteles de lo más pedestre y ridículo, cuya extrema pobreza en arte y presentación, contrastando con la serena elegancia y extraordinaria magnificencia de aquel arte incomparable que le sirve de ambiente, bien hostil por cierto, le ase-



Leningrado.—Catedral de San Isaac

mejaban a esas exposiciones embrionarias que de cuando en vez, exhiben los artistas bohemios de Montmatre o Monparnasse en barracas inmundas como las garitas de nuestras fiestas pueblerinas.

Lo que más llama nuestra atención, de aquel galimatías desconcertante, son unos retratos de Pío XI y de Hitler, con su correspondiente irónica leyenda; unos cuadros antiguos representativos de las obras ejecutadas para la construcción de la soberbia catedral; un lienzo en que aparece reproducida la escena de la catástrofe que sufrió, en su día, el tren imperial, en la cual que

daron destrozados todos los vagones menos aquel en que viajaban los zares y cuyo hecho que todos consideraron como milagroso, lo explican los técnicos bolcheviques por causas naturales que a nosotros no nos convencen; otro cuadro en que aparece la cruz gamada de Hitler, de cada una de cuyas cuatro aspas cuelgan sendas hachas ensangrentadas. En una de las paredes, toda dedicada a nosotros, hay un rótulo que dice: «La lucha antirreligiosa en España» donde se exponen tres o cuatro fotografías de la quema de los conventos el 11 de mayo; un folleto en francés titulado «L'Espagne brulant» y un cuadro que figura un sacerdote español en el que se quiere representar al Cardenal Segura, con la siguiente leyenda en castellano: «No habrá paz en la humanidad hasta que la última piedra de la Iglesia católica caiga sobre el último cura». Una observación: No hay nada contra Mussolini ni contra los japoneses. En cambio hay muchos cuadros con estadísticas donde los números rojos al servicio de Lenin, Stalin y Kirov, pretenden demostrar que con el régimen volchevique se hacen mayor número de obras, es mayor la producción agrícola, hay menos hambre y se construyen más escuelas. En medio de aquella nave tan chavacamente exornada, han puesto junto a la momia de un santo venerado la de un siberiano que según afirman ellos no tenía nada de santo, a pesar de lo cual se conserva lo mismo que la momia venerada por el pueblo de los popes.

Al salir al pórtico nos fijamos en los ventanales, materialmente acribillados de balazos, y unos pordioseros nos piden limosna. El compañero inglés que nos acompaña, saca una pitillera, creyendo que lo que piden aquellas gentes son cigarros y los pobres se abalanzan hacia ellos, se los cojen y ¡se los comen!

Volvemos al Hotel Astoria donde nos esperan dos magníficos Lincoln. En ellos acomodados recorreremos el antiguo San Petesburgo, que después fué Petrogrado y ahora Leningrado. Pasando por delante del Almirantazgo



Leningrado.—El Almirantazgo

y de la antigua embajada de Alemania salimos a la plaza de Pedro I, en la que se admira el monumento a su memoria. Enfilamos el misterioso puente de Tchernishoff y seguimos por las orillas del Neva desde donde se divisan perfectamente las cúpulas doradas y bri-

llantes de la fortaleza de Pedro y Pablo y repasando el Nava, nos encaminamos directamente a la antigua prisión de Pedro y Pablo. Magnífico edificio con grandes



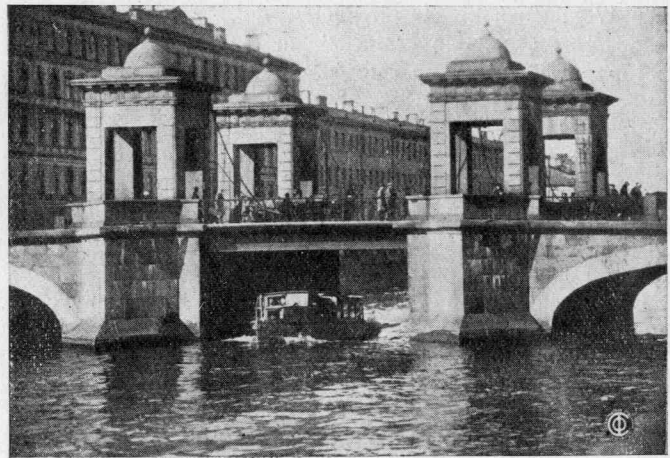
Leningrado.—El Almirantazgo

calles y plazas en el interior amurallado. En la capilla contemplamos las tumbas de casi todos los zares, sobre todo los de la dinastía Romanoff. No tienen nada de



Leningrado.—Monumento de Pedro

particular: son grandes bloques de mármol blanco, sencillamente labrados, con una cruz de Caravaca hecha de bronce y, donde, con letras del mismometal se indica el nom-



Leningrado.—Puente de Tchernishoff

bre del Zar y la fecha de su muerte. Con esta sencillez está enterrada la Gran Catalina de Rusia.

(Continuará).